

alfonso colodrón gómez-roxas

La adopción

un viaje de ida y vuelta



Desclée De Brouwer

Índice

| | |
|--|-----------|
| Prólogo | 13 |
| Introducción | 15 |
| Capítulo 1 • Viejos mitos, nuevas realidades | 19 |
| Capítulo 2 • Mamá, quiero tener los ojos azules como tú . | 23 |
| Capítulo 3 • ¿Por qué tener un hijo? ¿Por qué adoptar? . | 29 |
| Capítulo 4 • ¿Soy un padre idóneo? | 37 |
| Capítulo 5 • La edad. “Quiero un bebé” | 43 |
| Capítulo 6 • Una larga espera | 49 |
| Capítulo 7 • El largo viaje | 55 |
| Capítulo 8 • La vuelta a casa | 63 |
| Capítulo 9 • La construcción de un nuevo hogar | 69 |
| Capítulo 10 • Cuando la familia se amplía | 79 |
| Capítulo 11 • Una lenta y suave adaptación | 89 |

| | |
|--|-----|
| Capítulo 12 • Entre hermanas | 99 |
| Capítulo 13 • Solidaridad, compañerismo, amistad | 107 |
| Capítulo 14 • La integración de la diversidad | 115 |
| Capítulo 15 • Ir creciendo en salud | 123 |
| Capítulo 16 • Nuestros maestros los niños | 131 |
| Capítulo 17 • La cultura de la adopción | 139 |
| Capítulo 18 • Contener, acompañar, disfrutar | 145 |
| Conclusión | 151 |
| Epílogo | 153 |
| Apéndices | 157 |
| 1. Legislación | 157 |
| 2. Organismos responsables por Comunidades | 194 |
| 3. ECAIs acreditadas en algunas Comunidades autónomas | 202 |
| 4. Componentes de CORA (Coordinadora de Organizaciones en Defensa de la Adopción y del Acogimiento) | 229 |
| Bibliografía | 231 |

Prólogo

Cuando me encargaron la dirección de la Colección Amae, y me dijeron que tenían que ser temas de actualidad y que llegara a las personas de modo directo y al mismo tiempo cercano, pensé en el tema de la adopción. Hay tantos niños y padres y madres ahora en ese camino y tan poco escrito desde el vivir esa ruta, ese tejido que poco a poco va haciendo un tapiz tan fuerte y al mismo tiempo tan bello.

Conozco a Alfonso desde hace muchos años, y en todo ese tiempo hemos hablado de muchas cosas. Entre charla y charla, siempre estuvieron Lucía y Lidia como partes importantes del eje y centro, a partir de su llegada.

Lo que más me quedó siempre grabado fue la ilusión, el cariño constante, los momentos de preocupación, de sereno desconcierto por interrogantes, su eterno estar ahí con todas las consecuencias.

Siempre supe que era muy buen terapeuta y por supuesto muy buena persona, pero creo que Lucía y Lidia tienen uno de los mejores padres, por su incansable búsqueda y al mismo tiempo su permanencia al lado de ellas. Por esto no dudé en pedirle a él que se hiciera cargo, para mí, de este libro tan especial, ya que tenía que ser práctico, cercano, con conceptos valiosos de ayuda para todas las familias adoptivas, pero, al mismo tiempo, que llegase a la piel, que se sintiera todo lo que es capaz de transmitir alguien que ha vivido esta experiencia dos veces y hasta más. Y ello porque no son sólo Lucía y Lidia sus hijas, sino también por acompañar desde sus consejos y disponibilidad a muchas otras familias.

Cuando se lo propuse, respondió sin dudar: *Sí ¡Claro que lo hago!* Sé que estaba en medio de otros dos libros que está por concluir, que tiene la consulta, la familia y tantas cosas en las que siempre anda metido con toda su serenidad y fuerza,

La adopción alfonso colodrón gómez-roxas

pero esa disponibilidad e incondicionalidad son propias de él y se lo agradezco, por mí y por todos los que se hallan en las tareas de la maternidad y de la paternidad, así como por muchos educadores que se enfrentan a hechos nuevos. Pero especialmente por todos estos niños que ya andan por aquí.

El leer cada capítulo que me ha ido enviando, y algunos junto con Adya Isabel, hizo muchas veces que mis lágrimas salieran fácilmente de mi alma y me enterreciera con todo lo que cuenta y por la forma que tiene de clarificar cosas tan complicadas de entender como las carencias, los abandonos, la integración, las confusiones, el deseo, el esfuerzo, el amor.

Para mí este libro es una verdadera joya, no sólo por cómo está escrito, sino también por todos los datos tan útiles que contiene y que muchas veces es difícil encontrar así, en un solo libro: han sido años de incorporar todo lo necesario para que sus niñas estén mejor.

Gracias Alfonso, en nombre de Lucía y de Lidia, pero sobre todo en nombre de muchos, muchos niños, y de padres y madres que se sentirán reconocidos en él. Al mismo tiempo tus palabras les acompañarán dándoles la confianza y la seguridad de que todo, todo resulta al final de la mejor manera, y de que estas familias pertenecen a una mayor aún, sin fronteras ni idiomas: la gran familia del Universo.

Loretta Cornejo Parolini

Introducción

Ser padre. Algo que nunca se me pasó por la cabeza ni el corazón durante la infancia. Ni siquiera cuando mis hermanas y hermanos jugábamos a hacer bodas y bautizos imaginarios. Lo más interesante eran las modestas merendolas que seguían a las ceremonias. Normalmente pipas, cacahuetes, almuces, garbanzos tostados y caramelos. Eran las “chuches” del momento. A veces caían pastas o pasteles. Todo un lujo.

Durante la adolescencia, mientras mis amigos salían en pandillas y hacían sus primeros escarceos amorosos, mi atención se iba a las piedras y a las flores. Mucho tiempo después, descubriría los amores floridos y los corazones de piedra. Pero todavía no pensaba en hijos ni hijas. Éramos una familia de tres hermanas y siete hermanos. Había visto a mi padre trabajar mañanas y tardes. Muchas veces también las noches para mantener una familia numerosa de “segunda categoría”, como se llamaba entonces. Las de primera categoría tenían que pasar de los 12 hijos. Y había conocido unas cuantas durante mi infancia. Yo no quería repetir la experiencia. Quería ser libre para estudiar, viajar, conocer mundo, tener experiencias, profundizar en el sentido de la vida. Quería ser catedrático, como él, pero sin sacrificar la investigación a los garbanzos.

Además, empezaba a tener sobrinos y sobrinas. El apellido, la sangre, la continuidad de la saga familiar quedaba asegurada. Pero me gustaban los niños. Mejor aún, siempre me entendí con ellos. Tal vez por tener un alma juguetona. Tal vez porque les prestaba una atención personalizada, algo que yo no había tenido del todo. De hecho, con la distancia de los años, pienso que ya empezaba a “adoptar” a los hijos pequeños de mis amigos mayores, aunque no tenía nada que ver con la figura de la adopción que había estudiado durante la carre-

ra en Derecho Romano y en Derecho civil. En realidad, me parecía una figura extraña. Como una reminiscencia jurídica de otros tiempos.

Mi primer recuerdo: con veinticuatro años, mientras estudiaba el doctorado en la Sorbona, llevé de París a Göteborg al hijo de un amigo español, que residía en Suecia. Su ex mujer era francesa. Jérôme, que vivía con su madre, tenía seis años y era inteligente y sensible. Yo era un desconocido para él. Pero ambos disfrutamos del viaje, pues rápidamente establecimos una corriente de entendimiento y confianza mutua. Le llevé en tren a Attendorf a la casa de una amiga mía alemana. Ella nos llevó en coche a Kiel, donde nos invitó a cenar antes de despedirnos en el puerto. Allí embarcamos Jérôme y yo en un viaje que duraría toda la noche y parte de la mañana siguiente. Los suecos miraban encantados su melenita negra, que flotaba en medio de un mar de cabecitas rubias, y le escuchaban embelesados hablar francés animadamente, en medio de la circunspección nórdica de los niños que le rodeaban. Sentí verdadero orgullo de padre, como si fuera hijo mío. Por primera vez en mi vida. Poco después lo sentiría por segunda vez, al ir al hospital a visitar a mi pareja embarazada. Un embarazo malogrado. Mi pareja murió al año siguiente por causas aparentemente ajenas. Fue atropellada por un camión cuando circulaba en bicicleta por una carretera francesa. Siempre me pregunté si inconscientemente no había dejado parte de su vida atrás previamente, marcada por aquella maternidad no cumplida.

Siete años después, dos niños brasileños, de seis y ocho años respectivamente, me agarraban de la mano y me pedían sin pestañear venirse conmigo. Había pasado tres días alojado por su madre en una humilde casa con piso de tierra, en Alcántara, al nordeste del Brasil. Tenían seis hermanastros más. No iban a la escuela, pero me hicieron maravillosos dibujos en color y me enseñaron juegos locales y técnicas de pesca, con la profesionalidad de personas adultas. Yo les respondí que mi casa estaba muy lejos, en España. “¿Dónde está eso?”, me preguntaron. Y yo: “Lejísimos. Al otro lado del mar, a tres semanas de barco. A casi un día de avión”. “No importa”, me respondieron a dúo sin dudarlo un solo instante. Iban descalzos, pantalón corto, sin camiseta y una gran sonrisa en los labios. Por mi parte, iba con una mochila como todo equipaje y no tenía rumbo fijo. Carecía de raíces. Tardé cuatro años más en volver a mi punto de partida. No podía ofrecerles lo que ellos necesitaban de verdad: un padre con estabilidad. El tercer compañero de su madre pasaba todo el día pescando. Cuando acababa el día, iba a ahogar sus penurias con licor de caña en un tugurio cercano. No gana-

ba suficiente para su propia prole y la que su mujer había tenido con dos compañeros anteriores. Pero ellos sólo pedían cariño y presencia, que es lo que habíamos intercambiado en aquellos tres inolvidables días.

Aquella experiencia cambió mi vida. Ese mismo día decidí en mi fuero interno que si algún día tenía hijos serían adoptados. Que había demasiados niños y niñas en el mundo que carecían de padre. Que mi necesidad no era la de perpetuar mis genes sino la de ser padre cuando estuviera preparado. Era un viernes, 1 de abril de 1977. Tardé casi veinte años en llevar a cabo esa decisión. Para ello necesité la energía de acción práctica de mi mujer. Pero ésta es otra historia.

Ahora, treinta años después, soy padre de dos hijas nacidas en China, tras haber pasado dos veces por el proceso de reunir papeles y ser examinado otras dos veces para que me declararan idóneo para ser padre. He conocido a cientos de parejas adoptantes y ayudado a alguna de ellas a llevar a cabo todo el proceso. También a alguna madre separada del marido, porque éste nunca había querido tener hijos.

Vivo día a día las alegrías y dificultades de la paternidad, en lo que tiene de igual y de diferente respecto a la paternidad biológica. Las reflexiones, dudas y certezas de mi experiencia es lo que intento ofrecer en los capítulos que siguen.

Espero que sean de utilidad para aquellas personas que han pensado alguna vez adoptar y para los que se encuentran en medio del proceso y en mitad de la espera. ánimo. Las madres y los padres que tienen hijas e hijos adoptivos encontrarán seguramente hechos y vivencias que resonarán con su propia experiencia. Tal vez, incluso, alguna herramienta nueva para bregar con temores, imprevistos y nuevos desafíos. Quizá las madres y los padres biológicos se sorprendan al comprobar que no hay tanta diferencia entre la paternidad y la maternidad biológica y la adoptiva. Sus gozos y sus sombras tienen una intensidad paralela, aunque a veces las tonalidades y los matices sean distintos.

Viejos mitos, nuevas realidades

Hoy día, la adopción no es lo que era. Es decir, poco a poco va cambiando la percepción social que se tiene de los hijos adoptados. Pero muy poco a poco. En el inconsciente colectivo persisten aún miedos y prejuicios seculares. Viejos mitos. Mitos en el sentido de ideas ancladas en una sociedad, de creencias y valores, que se van transmitiendo en el tiempo y que le dan una cierta estabilidad.

En primer lugar, existe una falsa idea muy generalizada de poder controlar los genes. Se cree que si los hijos son biológicos existen menos riesgos de enfermedades hereditarias o de patologías psicológicas. Sin embargo, muy pocas personas saben más allá de sus abuelos, si tuvo un loco en la familia, un santo, un tonto o un ladrón. Y según las leyes de Mendel, donde menos se espera salta la liebre, a la tercera o a la cuarta generación. Éste es uno de los miedos a los que, consciente o inconscientemente, se enfrenta cualquier persona que decida adoptar.

Frente a los deterministas de la herencia biológica, existen los que apuestan por la importancia de la cultura, la educación, la atención y el cariño. Sin llegar a aceptar por completo la tesis aristotélica de que el niño, al nacer, es una *tabula rasa*, una mente en blanco, sí piensan que “no se es de donde se nace, sino de donde se paca”.

Aunque muchos padres y madres adoptantes no lo sepan, cuando superan el miedo social a cómo va a ser el niño o la niña ya nacidos, que ellos no han engendrado ni gestado, están siguiendo la tesis roussoniana de que el ser humano es bueno por naturaleza. De que es la cultura la que lo malea. Están siguiendo las ideas de la Ilustración, en contra del determinismo darwiniano o del pesimismo de filósofos como Hobbes [“el hombre es un lobo para el hombre”] y, por tanto, para las perso-

nas que todavía siguen pensando así, por mucho que se eduque, el niño abandonado o huérfano puede portar características no deseadas de sus padres biológicos.

Por otro lado, la adopción ha estado históricamente ligada a la pobreza, al infortunio o al desliz. En muchas culturas a lo largo de la historia, quien se quedaba huérfano era adoptado por parientes o vecinos. Posteriormente surgen las instituciones de caridad, los asilos, los orfanatos, generalmente ligado a las confesiones cristianas [católicos, anglicanos, luteranos, presbiterianos...]. Ya en el siglo XV, San Vicente Ferrer funda una de las primeras Cofradías para atender asilos para niños abandonados. Y esa imagen de orfanatos tristes y austeros, a los que acudían a dar limosna o a adoptar a escondidas las damas de la alta sociedad, ha quedado grabada en la mente de todos a través de novelas, películas y seriales radiofónicos o dramones televisivos.

En el siglo XIX y durante la primera mitad del siglo XX, la sociedad y las familias censuraban el hecho de tener hijos fuera del matrimonio. Jóvenes engañadas o que ejercían la prostitución debían ocultar a sus hijos o abandonarlos en orfanatos, iglesias y hospitales. Antes de que la adopción internacional comenzara a ser un fenómeno social amplio y significativo, las frases hechas, las miradas, los silencios espesos ponían en evidencia la creencia arraigada de que todo bebé abandonado lo era por una “madre ligera de cascos”.

Hoy día, éste es uno de los viejos mitos que más pronto está cayendo. Las madres solteras, las parejas de hecho, las separaciones y los divorcios, la inseminación artificial... son hechos que nos rodean, que salen continuamente en la prensa, la radio y la televisión. El tener un hijo fuera del matrimonio es algo que aceptan hasta las madres y las abuelas más conservadoras, que no tienen ningún inconveniente en acoger a la hija y a la nieta o a la nieta y a la bisnieta.

Casi todo el mundo conoce ya situaciones de todo tipo y es raro encontrar a alguien que no tenga un familiar, un vecino, una compañera de trabajo, un cliente o un conocido de alguien que haya adoptado un hijo.

Pero esto no ha sido siempre así. En España, hace apenas tres décadas, algunos médicos y comadronas certificaban directamente la maternidad de la madre adoptiva, para proteger la identidad de la madre natural y la seguridad futura del niño. Era una época en la que ser madre soltera se consideraba una de las peores infamias sociales y para la mayoría de las familias bienpensantes era motivo suficiente para expulsar a una hija fuera del hogar.

De boca a boca corría este tipo de informaciones, y muchas jóvenes embarazadas recurrían a instituciones benéficas o religiosas para dar a luz en secreto. Estas instituciones eran a su vez contactadas por parejas deseosas de adoptar. “Todo era muy sencillo y, en ningún caso, hubo dinero por medio. Yo y mi marido habíamos adoptado un hijo y después una hija. No sé cómo la gente se enteraba, pero más de setenta parejas recurrieron a nosotros a lo largo de diez años, para saber cómo podían adoptar niños como habíamos hecho nosotros. Todas ellas llegaron a adoptar un bebé y algunas repitieron la experiencia, adoptando un segundo niño o niña” Emilio y Margarita [nombres cambiados] confiesan que no sólo los hijos dieron otro sentido a su vida, sino que también les motivaron para compartir su felicidad ayudando a otras personas en las mismas circunstancias. Todo eso ocurría 30 años antes de que el Código penal español estableciera penas de hasta cinco años de prisión para aquellas personas que entreguen o admitan un bebé –o que intermedien en esta entrega– con ánimo de establecer relaciones de filiación, aunque se haga en un país extranjero.

Parece mentira que hubiera que ir con tanto secretismo en un país convertido al cristianismo desde los visigodos. Es como si se hubiera borrado en la cultura popular cristiana que José de Arimatea era padre adoptivo de Jesús de Nazaret y que Moisés fue adoptado por la hija del faraón. También parece olvidarse que grandes figuras de la historia antigua fueron en su momento hijos adoptados, como el emperador Octavio, adoptado por César, o grandes escritores, como Charles Dickens, cantantes, como John Lennon, actores, como Richard Burton, o políticos, como Nelson Mandela. Los ejemplos llenarían páginas y páginas de historia y cultura. Pero, para muestra, basta un botón. Tal vez sirvan estas simples menciones para contribuir a deshacer otra idea preconcebida sobre la menor posibilidad de éxito social, de realización personal o de contribución a la historia de los hijos adoptivos sobre los biológicos que viven con sus padres.

La literatura popular y los dramones televisivos han explotado ampliamente el tema del hijo o de la hija adoptivos, alimentando los mitos de las culpas de juventud, la limpieza de sangre, la nobleza de los orígenes y la perpetuación del patrimonio familiar. Afortunadamente, son cada vez más personas las que consideran todas estas cuestiones como vestigios polvorientos de una concepción de la vida y de una moral caducas.

Sin embargo, los padres y madres que han adoptado o se disponen a hacerlo no deben sorprenderse de que en los momentos más inesperados puedan sentirse

contrariados por las reacciones de algunas personas. Podrán encontrarse con preguntas impertinentes, comentarios nacidos de la ignorancia o del prejuicio, o gestos silenciosos de superioridad o de sospecha. Los cambios sociales, para que sean profundos, necesitan su tiempo. Es el tiempo que nos damos mientras educamos a nuestras hijas e hijos y aprendemos nosotros mismos a lidiar con la semejanza y con la diferencia, con nuestros propios temores y prejuicios. El tiempo necesario para integrar día a día la maravillosa experiencia de dar y de recibir amor de seres que, como dice el lema de Andeni, una de las Asociaciones que ayudan a adoptar, “no tendrán tus ojos, pero tendrán tu sonrisa”.

Puntos de reflexión

- Conviene afrontar los miedos propios y ajenos, conscientes o inconscientes, sobre la herencia genética que puedan tener nuestras hijas o hijos adoptados. Si fuesen biológicos, ignoraríamos igualmente toda su cadena genética.
- En la actualidad, los hijos adoptivos no han sido mayoritariamente abandonados por madres irreflexivas, según la creencia de nuestros abuelos, sino, fundamentalmente, por la situación económica de los padres.
- Grandes personajes de la Historia fueron adoptados. La adopción no es un hándicap de inteligencia, bondad, integración social, éxito social y servicio a la Humanidad.
- Si somos conscientes de estos puntos, los asumimos y los hablamos, será más fácil responder a preguntas indiscretas o comentarios fuera de lugar.